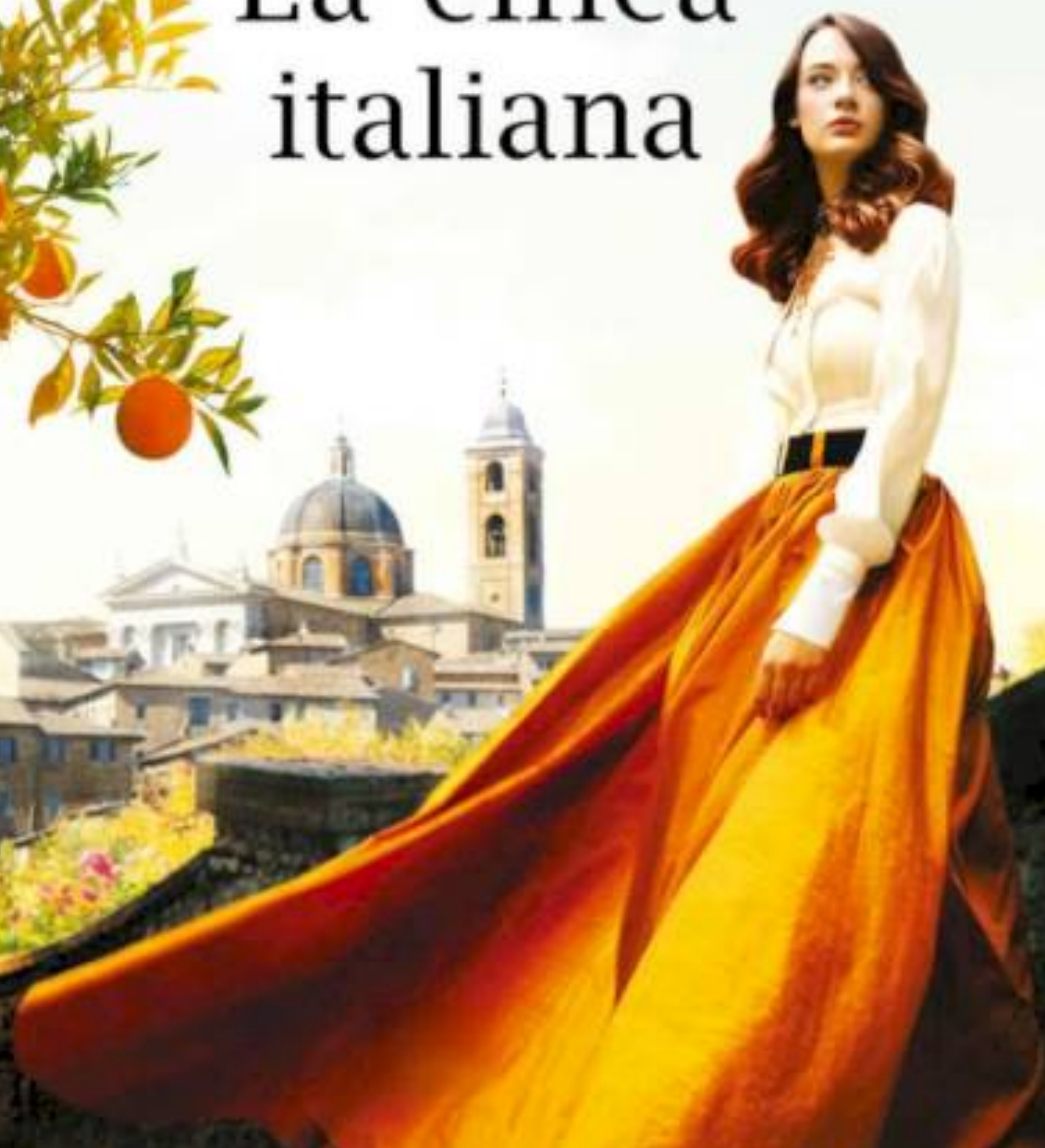


LUCINDA RILEY

La chica
italiana



Una novela llena de *glamour*, intriga y romance, por la autora de la saga superventas *Las Siete Hermanas*.

Rosanna Menici es muy joven cuando conoce a Roberto Rossini, el hombre que le cambiará la vida. En los años siguientes, sus destinos se verán entrelazados por sus extraordinarios talentos como cantantes de ópera y también por su incombustible pero obsesivo amor, un amor que acabará afectando las vidas de todos los que los rodean. Porque, como Rosanna descubrirá poco a poco, su unión está marcada por terribles secretos del pasado...

Desde las pintorescas calles de Nápoles hasta los deslumbrantes escenarios de los más prestigiosos teatros del mundo, el viaje de Rosanna es una emocionante historia de pasión, traición y autodescubrimiento.

Publicada como «Aria» en 1996 con el pseudónimo de Lucinda Edmonds. Actualizada y corregida por la autora en 2014.

A mi hijo Kit.

Nota de la autora sobre

La chica italiana

Escribí la historia de Rosanna y Roberto hace diecisiete años, y en 1996 se publicó como *Aria* bajo mi viejo seudónimo, Lucinda Edmonds. El año pasado, algunos de mis editores se interesaron por mis títulos antiguos. Les dije que todos estaban actualmente descatalogados, pero me pidieron algunos ejemplares. Me aventuré en el sótano y rescaté los ocho libros que había escrito durante esos años. Estaban cubiertos de telarañas y excrementos de ratón, pero los envié de todos modos, advirtiéndoles de que por aquel entonces yo era muy joven y que comprendería perfectamente que los tiraran a la basura. Para mi sorpresa, la reacción fue muy positiva y me preguntaron si me gustaría reeditarlos.

Eso significaba tener que empezar a leerlos yo también, y, como todo escritor que revisa sus obras del pasado, abrí la primera página de *Aria* con cierta inquietud. Fue una experiencia extraña, ya que apenas recordaba el argumento, y me dejé atrapar como hace un lector, pasando las páginas cada vez más deprisa para descubrir qué sucedía a continuación. Sentí que la novela necesitaba una actualización y algunas correcciones, pero la historia y los personajes estaban todos ahí. Así que trabajé durante varias semanas en ello y el resultado final es *La chica italiana*. Espero que os guste.

LUCINDA RILEY,
enero de 2014

*Recuerda esta noche,
porque es el inicio de siempre.*

DANTE ALIGHIERI

Metropolitan Opera House,

Nueva York

Mi queridísimo Nico:

Me resulta extraño sentarme a relatar una historia tan compleja sabiendo que quizá nunca la leas. Cariño, ignoro si escribir sobre los acontecimientos de los últimos años supondrá una catarsis para mí o un beneficio para ti, pero siento el impulso de hacerlo.

Así que aquí estoy, sentada en mi camerino, preguntándome por dónde debería empezar. Gran parte de lo que me dispongo a narrar sucedió antes de que nacieras, una sucesión de acontecimientos que comenzó cuando yo tenía menos años de los que tú tienes ahora. Por tanto, quizá debería empezar por el lugar. En Nápoles, la ciudad donde nací...

Recuerdo a mamá tendiendo la colada en una cuerda que se extendía hasta el piso del otro lado de la calle. Cuando caminabas por las callejuelas de Piedigrotta tenías la sensación de que sus residentes vivían en un estado de celebración permanente, con las coloridas ropas colgando de los tendederos por encima de nuestras cabezas y el ruido – siempre el ruido– tan presente en aquellos primeros años; ni siquiera por la noche reinaba el silencio. Gente cantando y riendo, bebés llorando... Los italianos, como bien sabes, son gente extrovertida y emotiva, y las familias de Piedigrotta compartían a diario sus penas y alegrías cuando se sentaban en la calle, junto a los portales, tostándose al sol como granos de café. El calor era insoportable, sobre todo en el punto álgido del verano, cuando las aceras te quemaban las plantas de los pies y los mosquitos se aprovechaban de tu piel expuesta para atacarla a hurtadillas. Todavía me llega la miríada de olores que se colaban por la ventana de mi

cuarto: el de los desagües, que a veces me revolvió el estómago, pero sobre todo el delicioso aroma a *pizza* recién hecha procedente de la cocina de papá.

De pequeña éramos pobres, pero para cuando hice la primera comunión el modesto café de papá y mamá, Da Marco, nos había convertido en una familia próspera. Trabajaban día y noche sirviendo porciones de la *pizza* especiada hecha con la receta secreta de papá, que había adquirido fama en Piedigrotta a lo largo de los años. Durante el verano, el café se llenaba con la llegada de los turistas; había tantas mesas de madera en su abarrotado interior que era casi imposible caminar entre ellas.

Nuestra familia vivía en un piso diminuto, justo encima del café. Teníamos cuarto de baño propio, comida en la mesa y zapatos en los pies. Papá se enorgullecía de haber salido adelante y ser capaz de mantener a su familia. Yo también era feliz, y mis sueños no se extendían mucho más allá del siguiente atardecer.

Entonces, una calurosa noche de agosto, cuando tenía once años, sucedió algo que me cambió la vida. Resulta difícil creer que una niña que no ha alcanzado aún la adolescencia pueda enamorarse, pero recuerdo perfectamente la primera vez que mis ojos se posaron en él...

1*Nápoles, Italia, agosto de 1966*

Rosanna Antonia Menici se agarró al lavamanos y se puso de puntillas para mirarse en el espejo. Tenía que inclinarse ligeramente hacia la izquierda por culpa de la grieta que le deformaba las facciones. De todos modos, solo alcanzaba a verse la mitad de la mejilla y el ojo derechos; todavía era demasiado baja para verse el mentón, ni siquiera de puntillas.

—¡Rosanna, sal del baño de una vez!

Suspiró, soltó el lavamanos, cruzó el suelo de linóleo negro y descorrió el pestillo. El picaporte giró de inmediato, la puerta se abrió y Carlotta pasó bruscamente por su lado.

—¿Por qué te encierras con pestillo, tontaina? ¿Qué tienes que esconder?

Abrió los grifos de la bañera y se recogió la larga melena de rizos morenos sobre la coronilla con un movimiento rápido de las manos.

Rosanna encogió tímida los hombros. Deseaba que Dios la hubiera hecho tan bonita como su hermana mayor. Su madre le había dicho que Dios concedía un don diferente a cada ser, y que el de Carlotta era la belleza. Con humildad, observó cómo su hermana se quitaba el albornoz y dejaba al descubierto un cuerpo perfecto, una piel lozana y cremosa, unos pechos turgentes y unas piernas largas y estilizadas. Todos los clientes que entraban en el

café elogiaban a la bella hija de mamá y papá y auguraban que algún día se casaría con un hombre rico.

El vapor empezaba a inundar el cuarto de baño cuando Carlotta cerró los grifos y se metió en el agua.

Rosanna se sentó en el borde de la bañera.

—¿Vendrá Giulio esta noche? —le preguntó a su hermana.

—Sí.

—¿Crees que te casarás con él?

Carlotta empezó a enjabonarse.

—No, no me casaré con él.

—Pensaba que te gustaba.

—Y me gusta, pero no... Oh, eres demasiado pequeña para entenderlo.

—A papá le gusta.

—Ya sé que a papá le gusta. Giulio es de familia rica. — Carlotta enarcó la ceja y suspiró con dramatismo—. Pero me aburre. Papá me entregaría a Giulio en el altar mañana mismo si pudiera, pero primero quiero divertirme, pasarlo bien.

—Pensaba que casarse era divertido —insistió Rosanna—. Puedes llevar un vestido de novia precioso y te hacen un montón de regalos y tienes tu propio piso y...

—Una prole de chiquillos gritones y la cintura de una vaca —terminó Carlotta, deslizando distraída la pastilla de jabón por las esbeltas curvas de su cuerpo. Clavó sus ojos castaños en Rosanna—. ¿Qué estás mirando? Lárgate y déjame disfrutar de diez minutos de tranquilidad. Mamá te necesita abajo. ¡Y cierra la puerta!

Rosanna no replicó y salió del cuarto de baño para bajar por la empinada escalera de madera. Luego abrió la puerta y entró en el café. Las paredes estaban recién encaladas, y al fondo, detrás del mostrador, colgaba un cuadro de la Virgen María junto a un póster de Frank Sinatra. Habían sacado brillo a las mesas de madera oscura y coloca-

do una botella de vino vacía con una vela en cada una de ellas.

—¡Ya era hora! ¿Dónde te habías metido? Llevo un buen rato llamándote. Ven y ayúdame con la banderola.

Antonia Menici estaba encaramada a una silla sosteniendo el extremo de una tela de vivos colores. La silla se tambaleaba peligrosamente bajo su considerable peso.

—Sí, mamá.

Rosanna cogió otra silla y la arrastró hasta el arco que había en el centro del café.

—¡Espabila, niña! ¡Dios te dio las piernas para correr, no para arrastrarte como un caracol!

Rosanna sujetó el otro extremo de la banderola y se subió a la silla.

—Cuelga el lazo en el clavo —le indicó Antonia.

La muchacha obedeció.

—Ahora ayuda a tu madre a bajar para que pueda ver si ha quedado recta.

Rosanna descendió de la silla y corrió a ayudar a Antonia a aterrizar sana y salva en el suelo. Su madre tenía las palmas húmedas y la frente cubierta de gotas de sudor.

—*Bene, bene.* —Antonia contempló la banderola con satisfacción.

Rosanna leyó en alto lo que había escrito:

—¡Feliz treinta aniversario, Maria y Massimo!

Antonia colocó los brazos alrededor de su hija y le dio un inesperado abrazo.

—¡Qué sorpresa se van a llevar! Creen que vienen para cenar con tu padre y conmigo. Estoy deseando verles la cara cuando se encuentren con todos sus amigos y parientes. —El rostro redondo de Antonia se iluminó de placer. Soltó a su hija, se sentó en la silla y se secó la frente con un pañuelo. Inclino el torso hacia delante y le hizo señas a Rosanna para que se acercara—. Voy a contarte un secreto. Le he escrito a Roberto y va a venir a la fiesta desde Milán.

¡Cantará para sus padres aquí, en Da Marco! ¡Mañana todo Piedigrotta hablará de nosotros!

—Sí, mamá. ¿Y qué canta Roberto? ¿Baladas?

—¿Qué barbaridades dices, niña! Roberto Rossini es alumno de la escuela de música de La Scala de Milán. Un día será un gran cantante de ópera y actuará en el mismísimo escenario de La Scala.

Antonia juntó las manos sobre su pecho, igual que cuando rezaba en la iglesia durante la misa.

—Ahora ve a ayudar a papá y a Luca en la cocina. Todavía hay mucho que preparar antes de la fiesta y yo he de ir a ver a la señora Barezi para que me peine.

—¿Bajaré Carlotta también a ayudar? —preguntó Rosanna.

—No, ella se viene a la peluquería conmigo. Esta noche tenemos que estar las dos deslumbrantes.

—¿Qué me pongo?

—Tienes tu vestido rosa de los domingos.

—Me queda enano. Estaré ridícula —protestó Rosanna con un mohín.

—¡Estarás perfecta! La vanidad es un pecado, niña. Si Dios oye tus pensamientos vanidosos, vendrá por la noche y te arrancará el pelo. Por la mañana te despertarás completamente calva, como le pasó a la señora Verni cuando dejó a su marido por un hombre más joven. Y, ahora, a la cocina.

Rosanna asintió y se encaminó a la cocina preguntándose por qué Carlotta no había perdido aún el pelo. Al abrir la puerta la abofeteó un calor abrasador. Marco, su padre, estaba preparando la masa para las pizzas en la larga mesa de madera. Era un hombre delgado y nervudo, el polo opuesto de su esposa, y el sudor le brillaba en la calva cabeza mientras trabajaba. Luca, su hermano mayor, alto y de ojos castaños, removía una gran olla humeante en los fogones. Hipnotizada, Rosanna observó a su padre girar hábilmente la masa sobre las yemas de los dedos, por

encima de la cabeza, y estamparla al momento contra la mesa formando un círculo perfecto.

–Mamá me envía para que os ayude.

–Seca los platos del escurridor y apílalos en la mesa – le ordenó Marco sin detener su tarea.

Rosanna contempló la montaña de platos, asintió con resignación y sacó un trapo limpio del cajón.

–¿Qué tal estoy?

Carlotta se detuvo con gesto teatral en la puerta del café y el resto de la familia la observó maravillada. Lucía un vestido nuevo de raso amarillo claro, con el escote bajo y una falda que descendía ajustada por sus muslos hasta detenerse encima de las rodillas. La densa melena negra le caía sobre los hombros formando una lustrosa cascada de exuberantes rizos.

–*Bella, bella!* –Marco cruzó el café con una mano extendida y Carlotta la aceptó–. Giulio, ¿no está preciosa mi hija? –preguntó a continuación.

El joven, de facciones aniñadas que contrastaban con su cuerpo musculoso, se levantó de la mesa y sonrió con timidez.

–Sí –reconoció–, está tan hermosa como Sophia Loren en *Arabesco*.

Carlotta se acercó a su novio y le besó fugazmente en la bronceada mejilla.

–Gracias, Giulio.

–¿Y a que Rosanna también está guapa? –dijo Luca sonriendo a su hermana.

–Claro que sí –contestó rápidamente Antonia.

Rosanna sabía que su madre mentía. El vestido rosa, que tan bien le quedaba a Carlotta años atrás, hacía que su piel pareciera cetrina, y las apretadas trenzas destacaban sus orejas, que sobresalían más que nunca.

–Bebamos antes de que lleguen los invitados –propuso Marco con una rutilante botella de Aperol en la mano. La abrió con mucha floritura y sirvió seis vasos pequeños.

–¿Para mí también, papá? –preguntó Rosanna.

–Para ti también –asintió Marco mientras repartía los vasos–. Que Dios nos mantenga unidos, nos proteja del mal de ojo y haga que este día sea especial para nuestros grandes amigos Maria y Massimo. –Alzó su vaso y lo vació de un trago.

Rosanna le dio un sorbito al suyo y empezó a toser cuando el feroz licor de naranja amarga le golpeó la garganta.

–¿Estás bien, *piccolina*? –le preguntó Luca dándole palmadas en la espalda.

Rosanna sonrió.

–Sí.

Su hermano le cogió la mano y se inclinó hacia ella.

–Un día serás mucho más guapa que nuestra hermana –le susurró al oído.

Rosanna meneó la cabeza con vehemencia.

–Eso no es verdad, pero no importa. Mamá dice que tengo otros dones.

–Por supuesto que sí. –El joven rodeó el cuerpo flacucho de su hermana y lo abrazó contra su pecho.

–*Mamma mia!* ¡Ya están aquí los primeros invitados! Marco, trae el prosecco. Luca, ve a ver cómo va la comida, ¡deprisa! –Antonia se alisó el vestido y se encaminó a la puerta.

Sentada en un rincón, Rosanna observaba cómo el café se iba llenando de amigos y familiares de los invitados de honor. Carlotta estaba en medio de un corrillo de hombres jóvenes, sonriendo y agitando la melena. Comido por los celos, Giulio la observaba desde una esquina.

De pronto, el silencio se apoderó del café y todas las cabezas se volvieron hacia la figura que se había detenido en la puerta.

El recién llegado se inclinó sobre Antonia para besarla en las dos mejillas. Rosanna lo miró fijamente. Nunca antes se le había ocurrido describir a un hombre como bello, pero no se le ocurría otra palabra. Era increíblemente alto y ancho de espaldas, y su fuerza física se apreciaba en los músculos de los antebrazos, que asomaban por debajo de las mangas cortas de su camisa. Tenía el pelo liso y negro como el ala de un cuervo y lo llevaba peinado hacia atrás para realzar la elegante angulosidad de sus rasgos. Rosanna no podía ver el color de los ojos, pero eran grandes y brillantes, y sus labios, carnosos pero firmes y masculinos, contrastaban con una piel excepcionalmente blanca para un napolitano.

Rosanna experimentó una sensación extraña en el fondo del estómago, la misma agitación que sentía antes de un examen de ortografía. Se volvió hacia Carlotta. También ella tenía la mirada clavada en la figura que se había detenido en la entrada.

–Bienvenido, Roberto. –Marco le hizo señas a Carlotta para que lo acompañara cuando se abrió paso entre los invitados. Lo besó en las dos mejillas—. Me haces muy feliz honrándonos con tu presencia esta noche. Esta es mi hija Carlotta. Creo que ha crecido desde la última vez que la viste.

Roberto repasó a la joven con la mirada.

–Sí has crecido, sí.

Habló con una voz profunda y melodiosa que provocó otro revoloteo de mariposas en el estómago de Rosanna.

–¿Y qué hay de Luca y... eh...?

–¿Rosanna? –preguntó el padre.

–Eso, Rosanna. La última vez que la vi era un bebé.

–Los dos están bien y... –Marco se interrumpió de golpe cuando distinguió, por detrás de Roberto, dos figuras